

Pluralismo artístico y Democracia radical.

Un breve intercambio con Chantal Mouffe alrededor de las actividades culturales, las prácticas artísticas y la democracia radical.

Marcelo Expósito

División y conflicto como carácter constitutivo de lo social

«Redefinir el proyecto socialista en términos de una radicalización de la democracia; es decir, como articulación de las luchas contra las diferentes formas de subordinación -de clase, de sexo, de raza, así como de aquellas otras a las que se oponen los movimientos ecológicos, antinucleares y antiinstitucionales. Esta democracia radicalizada y plural, que proponemos como objetivo de una nueva izquierda, se inscribe en la tradición del proyecto político «moderno» formulado a partir de Iluminismo, e intenta prolongar y profundizar la revolución democrática iniciada en el siglo XVIII, continuada en los discursos socialistas en el siglo XIX, y que debe ser extendida hoy a esferas cada vez más numerosas de la sociedad y del Estado. Nuestra tesis es que para llevar a su conclusión un proyecto tal, es necesario abandonar un cierto número de tesis epistemológicas del Iluminismo, ya que es sólo a través de una crítica del racionalismo y del esencialismo como es posible dar cuenta, de una manera adecuada, de la multiplicidad y diversidad de las luchas políticas contemporáneas.»¹

Marcelo Expósito: *Uno de los aspectos más interesantes, y quizá incluso podríamos decir desafiantes, de su propuesta programática para una redefinición de las políticas de la izquierda en tanto que prácticas de radicalización de la democracia -expuesta originalmente en sus escritos desarrollados en colaboración con Ernesto Laclau-, es su afirmación sobre la necesidad de comprender, según sus propias palabras, «el carácter constitutivo de la división social y del antagonismo». Esto es, su proyecto difiere y mantiene con toda claridad una distancia crítica frente a otros proyectos de redefinición de las políticas de la izquierda (en concreto, aquéllos que Vd. identifica dentro del marco de la problemática habermasiana), que «vislumbran la posibilidad de un marco político en el cual el antagonismo y la división han desaparecido»; podemos de hecho continuar la línea de su argumentación hasta el punto donde se afirma que la existencia de la multiplicidad, la pluralidad y el conflicto, en tanto que «raison d'être» de la política, es la garantía de su propia preservación,² y que cualquier proyecto político de la izquierda que no dé cuenta de esta perspectiva aspira en definitiva a una clausura que finalizaría en la «eliminación totalitaria de lo político y en la negación de la democracia.»³ Desde su punto de vista, en lo que se refiere a la cultura, la religión o la moral ha de defenderse el más amplio pluralismo posible en numerosas áreas; empero, es imposible concebir dentro de una misma entidad «política» el absoluto pluralismo, la coexistencia de principios antagónicos de legitimidad. En otras palabras: «el*

máximo de pluralismo ha de ser defendido, con el fin de respetar los derechos del mayor número posible de grupos, sin destruir el propio marco de la comunidad política constituido por las instituciones y prácticas que comprende la democracia moderna y que definen nuestra identidad como ciudadanas y ciudadanos.» Ésta es la razón por la cual, según argumenta, «debemos aceptar que nuestra participación como ciudadanos y ciudadanas en la asociación política no puede situarse al mismo nivel que nuestras otras inserciones en las relaciones sociales.»⁴

Nos gustaría pedirle ahora una mayor elaboración sobre estos aspectos. En tanto en cuanto pretendemos tratar en este momento acerca de cuestiones relativas a la cultura y las prácticas artísticas, se hace necesario antes de nada comprender de forma apropiada su proposición, porque parece derivarse de sus reflexiones que su concepción de las prácticas hegemónicas, el modo en que en términos de democracia radical el antagonismo, el conflicto, las diferencias o la pluralidad son negociadas al nivel de lo político, no puede sencillamente traducirse, proyectarse al nivel de las relaciones sociales en el campo cultural. ¿Por qué es necesario aceptar aquí el absoluto pluralismo y posible concebir, al contrario que en el campo de lo político, la coexistencia de principios de legitimidad antagónicos?

Pluralismo en la cultura y en lo político

Chantal Mouffe: Argumento a favor de un pluralismo más amplio en el campo cultural que al nivel de «lo político». Tomo en cuenta la especificidad de la democracia moderna en tanto que nuevo régimen político que se constituye por el reconocimiento del pluralismo. Por pluralismo quiero significar en este contexto el fin de una idea sustantiva de la vida buena, lo que Claude Lefort llama «la disolución de los indicadores de certidumbre» [the dissolution of the markers of certainty].⁵ El pluralismo apunta a una profunda transformación del ordenamiento simbólico de las relaciones sociales. Éste es un aspecto absolutamente ignorado por liberales como John Rawls cuando se refieren al *hecho* del pluralismo. Existe por supuesto esta realidad que es la diversidad de concepciones del bien común, pero la diferencia relevante no es de tipo empírico sino que atañe a la legitimación de la división y del conflicto, y concierne al nivel de lo *simbólico*. De lo que se trata es de la emergencia de la libertad individual y de la afirmación de la libertad equitativa para todas y todos.

Desde el momento en que se percibe la democracia pluralista como un régimen cuyos principios ético-políticos son la libertad y la igualdad para todos y todas, podemos comprender el serio error que supone el principio liberal de la neutralidad del Estado. No cabe duda de que, con el fin de respetar la libertad individual y el pluralismo, un estado democrático liberal moderno no debería intentar imponer una única concepción del bien común en asuntos concernientes a los valores políticos, dado que por definición postula ciertos valores ético-políticos que constituyen sus principios de legitimidad. Lejos de ser neutral, el Estado democrático liberal es la afirmación de valores específicos, libertad e

igualdad, que informan su particular ordenamiento simbólico de las relaciones sociales. Es por ello que no puede aceptarse el pluralismo en lo que respecta a los principios de legitimidad. Esto significa que quienes se oponen a la libertad y a la igualdad y desearían reinstaurar una concepción holística y jerárquica de la sociedad no pueden esperar ver sus demandas legitimadas en nombre del pluralismo.

Marcelo Expósito: *¿No considera que la perspectiva de un «pluralismo absoluto» en el campo de la cultura y de las prácticas artísticas acaso nos acercaría a la versión liberal del «pluralismo» en tanto que mera coexistencia de una pluralidad de voces -idea que Vd. ha criticado asimismo de forma concienzuda, por cierto, a través de esos mismos escritos?*⁶

Chantal Mouffe: La defensa del pluralismo *por medio de* la defensa de la libertad individual requiere que se establezcan límites a la pluralidad de demandas que se consideran legítimas en una sociedad pluralista. Un ejemplo de esto nos lo ofrece el caso de algunos fundamentalistas islámicos quienes *en nombre del pluralismo* pidieron que el Estado Británico reconociese su derecho de asesinar a Salman Rushdie puesto que su religión así lo ordenaba. Podemos ver claramente en este caso dónde residen los límites del pluralismo. Esto es lo que yo llamo un caso de antagonismo entre principios de legitimidad. No creo que podamos encontrar una situación comparable en el campo de las prácticas artísticas y considero que la noción de antagonismo no es aplicable en ese terreno.

Antagonismo

Marcelo Expósito: *¿Acaso la diferencia estriba en la naturaleza diversa de las formas de «antagonismo» según se trate de cada uno de los diferentes campos propuestos? ¿Es posible concebir, en términos de cultura y prácticas artísticas, un equivalente del «antagonismo» según Vd. lo concibe en lo que concierne a lo político?*

Chantal Mouffe: La manera en que yo utilizo la noción de antagonismo tiene que ver con la relación amigo/enemigo, pertenece al nivel de lo que yo llamo «lo político».⁷ Esto no quiere decir que los conflictos en el campo cultural no puedan adoptar la forma de una relación amigo/enemigo, pero en ese caso dejan de ser culturales y se convierten en relaciones políticas.

Las prácticas artísticas en una perspectiva antiesencialista: una contribución a la hegemonía de los valores democráticos.

«Necesitamos que se implante la hegemonía de los valores democráticos, para lo cual las prácticas democráticas tendrán que multiplicarse e institucionalizarse

dando lugar a relaciones sociales aún más diversas, de manera que mediante una matriz democrática puedan conformarse múltiples posiciones de sujeto. []

«Si la tarea de la democracia radical es realmente la profundización en la revolución democrática y la vinculación de diversas luchas democráticas, una tarea de esa índole requiere que se creen nuevas posiciones de sujeto que permitan una articulación común de, pongamos por caso, el antirracismo, el antisexismo y el anticapitalismo. Puesto que estas luchas no convergen espontáneamente, para establecer equivalencias democráticas se requiere un nuevo *sentido común* que permita transformar la identidad de los diferentes grupos de manera que sus reivindicaciones puedan articularse entre sí de acuerdo con el principio de la equivalencia democrática. Pues no se trata de establecer una mera alianza entre determinados intereses, sino de modificar la propia identidad de esas fuerzas. Con objeto de que la defensa de los intereses de las personas trabajadoras no se realice a costa de los derechos de las mujeres, las personas inmigrantes y las consumidoras, es necesario establecer una equivalencia entre las distintas luchas. Sólo en esas circunstancias se vuelven verdaderamente democráticas las luchas contra el poder.»⁸

Marcelo Expósito: *Si no es posible sencillamente trasladar, proyectar al campo cultural la forma en que el antagonismo, el conflicto, las diferencias o la pluralidad de formas de legitimidad son negociadas al nivel de lo político en su concepción de una democracia radical, ¿cuál es entonces la perspectiva de la articulación de prácticas hegemónicas en el campo cultural y a través de las prácticas artísticas? Y en definitiva, ¿cómo contribuir dese las especificidades de este campo y de estas prácticas a la construcción de esa hegemonía de los valores democráticos que Vd. reclama?*

Chantal Mouffe: Comenzaré diciendo que con el fin de comprender el modo en que las prácticas artísticas pueden contribuir a la hegemonía de los valores democráticos es necesario situarse en el marco de una perspectiva antiesencialista que reconoce el hecho de que las identidades no se dan de forma esencial y que se constituyen siempre mediante procesos de *identificación*.⁹ Estos procesos -en tanto que son el resultado de prácticas hegemónicas- siempre implican un elemento de exclusión. Una perspectiva hegemónica antiesencialista afirma que la objetividad social se constituye a través de actos de poder, y que posee necesariamente por lo tanto una dimensión política.

Esto tiene importantes consecuencias en el campo de la cultura y para las prácticas artísticas. El mayor equívoco del marco esencialista liberal tradicional en este dominio es en efecto concebir a los individuos como dotados de antemano de una identidad completamente definida antes de introducirse en distintos tipos de prácticas, culturales, políticas y otras. Por lo tanto no puede reconocer que es a través de la inserción en las diferentes prácticas como las formas de individualidad particulares se constituyen. Los liberales presentan a los individuos en tanto que actores racionales movidos por la búsqueda de la maximización de sus intereses particulares. Esto es, se observa su actuación en el campo político de un modo básicamente instrumental. La política se percibe de acuerdo con un modelo elaborado para el estudio de la economía, como un mercado destinado a la distribución de recursos donde se alcanzan acuerdos entre intereses definidos independientemente de su articulación político-cultural. Todo aquello que tiene

que ver con el papel que juegan las pasiones en la creación de las identidades colectivas, todo aquello que tiene que ver con el deseo, con el inconsciente, y de forma más general con la cultura, se oculta. Los individuos son abstraídos de las relaciones sociales y de poder. Lo que se evita de tal forma es abordar la cuestión de cuáles son las condiciones de existencia de las formas de identidad democráticas y de las prácticas a través de las cuales tales identidades pueden construirse.

Rol de las prácticas artísticas en un modelo de pluralismo agonístico

Chantal Mouffe: Me parece que es el dominio del modelo esencialista lo que explica la escasa teorización acerca de los vínculos importantes, constitutivos entre la política y la cultura. Considero que una perspectiva antiesencialista informada por la noción de hegemonía nos permite un modo de pensar completamente diferente acerca de la democracia y del papel de las prácticas artísticas en las luchas democráticas. De acuerdo con el modelo de democracia que he venido intentando delinear bajo el nombre de «pluralismo agonístico» [agonistic pluralism] la finalidad de la democracia no es ni negociar un acuerdo entre intereses ni crear un consenso racional, sino crear las condiciones de posibilidad para la expresión de una confrontación «agonística» entre puntos de vista en conflicto.¹⁰ Este modelo agonístico puede resultar por lo tanto más receptivo a la multiplicidad de voces que una democracia pluralista comprende y a la complejidad de la estructura de poder que este sistema de diferencias implica. Mediante el reconocimiento de la naturaleza real de sus fronteras y de las formas de exclusión que éstas representan, en lugar de pretender presentarlas como una necesidad para el «libre ejercicio de la razón pública», este pluralismo agonístico evita toda tentativa de clausura del espacio democrático mediante apelaciones a la racionalidad o a la moral. En lugar de intentar eliminar las pasiones o de relegarlas a la esfera privada con el fin de alcanzar un consenso supuestamente racional en la esfera pública, afirma que las políticas democráticas deberían tener como finalidad movilizar estas pasiones hacia designios democráticos. En este esfuerzo, las prácticas artísticas tienen un papel muy importante que jugar porque el arte se dirige a la dimensión de la existencia humana que tiene que ver con aquello a lo que yo me he referido como «pasiones». Más aún, es un modo poderoso de politizar asuntos privados convirtiéndolos en públicos.

Desde tal perspectiva, todas las prácticas artísticas tienen una dimensión política porque contribuyen bien a reproducir un «sentido común» establecido, bien a subvertirlo. En otras palabras, en tanto que las prácticas artísticas y culturales son un terreno importante donde se construye una cierta definición de la realidad y donde se establecen formas específicas de subjetividad no hay posibilidad de que una o un artista sea apolítico o de que su arte no tenga alguna forma de eficacia política.

«Con objeto de llevar a cabo y profundizar en este aspecto de la revolución democrática, debemos garantizar que el proyecto democrático tenga en cuenta las luchas democráticas de nuestro tiempo en toda su amplitud y especificidad. Es

entonces cuando cobra verdadero sentido la contribución de la denominada crítica posmoderna.

En efecto, ¿cómo podemos aspirar a comprender la naturaleza de estos nuevos antagonismos si nos aferramos a una imagen del sujeto unitario como fuente última de la inteligibilidad de sus acciones? ¿Cómo podemos captar la multiplicidad de relaciones de subordinación que afectan a un individuo si concebimos a los actores sociales como entidades homogéneas y unificadas? Lo que caracteriza a las luchas de los nuevos movimientos sociales es precisamente la multiplicidad de posiciones de sujeto que constituyen un único actor, así como la posibilidad de que esa multiplicidad se convierta en el espacio de antagonismos y, de tal manera, se politice. De ahí la importancia de la crítica del concepto racionalista de sujeto unitario, que se encuentra no sólo en el postestructuralismo, sino también en el psicoanálisis, en la filosofía del lenguaje del último Wittgenstein y en la hermenéutica de Gadamer.

Para pensar en términos políticos hoy día, y para comprender la naturaleza de las nuevas luchas y la diversidad de relaciones sociales que la revolución democrática aún tendrá que abarcar, es indispensable desarrollar una teoría del sujeto como actor descentrado y destotalizado, un sujeto construido en el punto de intersección de una multiplicidad de posiciones de sujeto entre las que no existe una relación apriorística ni necesaria, y cuya articulación es el resultado de las prácticas hegemónicas. Así pues, ninguna identidad llega a establecerse de modo definitivo, pues siempre hay un cierto grado de apertura y ambigüedad en la manera en que se articulan las diferentes posiciones de sujeto. De aquí emergen perspectivas enteramente nuevas para la acción política, que ni el liberalismo, con su noción del individuo que sólo persigue su propio interés, ni el marxismo, con su reducción de todas las posiciones de sujeto a la clase, pueden sancionar, ni tan siquiera imaginar.»¹¹

Arte / cultura y crítica de la hegemonía presente

Marcelo Expósito: *Documenta X se construyó de forma explícita sobre la pretensión de «indicar un contexto político para la interpretación de las actividades artísticas, suponiendo un intento polémico de aislar líneas específicas de producción artística y de actividad política que puedan tomarse como referencias en el debate contemporáneo sobre la evolución de nuestras sociedades, y de adoptar respuestas culturales complejas frente los procesos unificadores de modernización global.»*¹² *Tratando cuestiones de «cultura», «distancias» o «diferencias culturales», Etienne Balibar -en el transcurso de una entrevista incluida en el libro que acompaña a documenta X- considera necesario distinguir «cultura» de «arte», con el siguiente propósito y consecuencias (que citaremos de forma extensa): «el tratamiento que cada grupo dé a estos*

problemas tanto a nivel político como intelectual debe operar a través del arte y no a través de la cultura, en el sentido de que el arte es siempre irreductible a la cultura: el arte es un acontecimiento indigerible, en ruptura con todas las tendencias culturales e institucionales. Lo importante en el arte es presentar o representar aquello que es irreconciliable en el conflicto. Miro a las Antígonas de nuestra época, que buscan aproximarse a los puntos verdaderamente irreconciliables en la representación del hombre o de lo humano, las cosas que separan a unas civilizaciones de otras creando al tiempo divisiones en el seno de las mismas. Tales obras son indispensables y constituyen una dimensión de lo político -una dimensión que no puede ser reducida a las políticas sociales, ni a las políticas económicas, ni a la cuestión de la ciudadanía.» 13 ¿Es posible reconciliar esta propuesta de Balibar -«el arte como un acontecimiento indigerible, una ruptura con todas las tendencias culturales e institucionales», «lo importante en el arte es representar lo que es irreconciliable en el conflicto»- con la aceptación de la absoluta pluralidad en el campo de la cultura y en relación a las prácticas artísticas?

Chantal Mouffe: En relación al asunto de qué tipo de arte podría contribuir a poner en cuestión la hegemonía presente, quiero argumentar en favor de una respuesta decididamente pluralista. Por mi parte no creo que haya un sólo modo en el que las prácticas artísticas puedan contribuir a cuestionar una hegemonía dada. Hay maneras múltiples y muy diversas por las cuales las identidades se constituyen mediante identificaciones. Si de lo que se trata en la dimensión política del arte es de la cuestión de la *identificación*, de la transformación de la subjetividad, está claro que ésta puede tener lugar en una variedad de formas. Las pasiones, las emociones, los deseos pueden ser movilizados de muchas maneras. A veces mediante el anhelo de algo que aún está por venir, otras veces mediante la crítica del presente haciendo tomar consciencia de la injusticia que implica y el rechazo de un *status quo* opresivo. Creo firmemente que en una sociedad pluralista es muy peligroso intentar imponer un único modelo de lo que constituye una práctica artística progresista comprometida.

Crítica del universalismo humanista: actividad cultural y universalismo particularizado

Marcelo Expósito: *Bajo la perspectiva de su filosofía política, en la nueva fase de la revolución democrática las nuevas luchas democráticas que se derivan de una pluralización de los antagonismos y de la proliferación de espacios políticos, a través su cuestionamiento del Universalismo democrático del Iluminismo, renuncian a cualquier pretensión de universalidad; el Universalismo, sin embargo, no es desde su punto de vista estrictamente «rechazado», sino «particularizado». Esto es: «los nuevos derechos que son reclamados hoy son la expresión de diferencias cuya importancia tan sólo ahora comienza a ser reivindicada, y no se trata ya de derechos que puedan ser universalizados. La democracia radical exige un reconocimiento de la diferencia -lo particular, lo múltiple, lo heterogéneo-, en efecto, todo lo que ha sido excluido del concepto de Hombre en abstracto.» Pero por otro lado esta crítica del Universalismo ha de*

distinguirse necesariamente, según Vd. precisa con claridad, «de otras formas de políticas «postmodernas» que enfatizan la heterogeneidad, la diseminación y la inconmensurabilidad, y para las cuales el pluralismo, entendido como una valorización de todas las diferencias, debería ser total.» 14 Vd. llama nuestra atención en definitiva sobre la necesidad de desarrollar «un nuevo tipo de articulación entre lo universal y lo particular», una deconstrucción de la dialéctica entre estos términos.¹⁵

Un número importante de eventos artísticos que tratan de cuestiones relativas a la globalización y el multiculturalismo están implícitamente informados bien por el «paradigma universalista» -vale decir, un humanismo liberal eurocéntrico, modelo «Family of Man»- que tiende en definitiva a nivelar, diluir, colapsar las diferencias culturales, bien por algún tipo de lo que Vd. llama formas recientes de exaltación «postmoderna» de las diferencias. ¿Considera que en la era de la globalización y de la homogeneización cultural es posible desarrollar de forma eficaz un proyecto cultural a escala global, a modo de intervención cultural de izquierdas en conflicto con las perspectivas anteriores, que pueda también por lo tanto responder a lo que Vd. considera un «Universalismo particularizado»?

Chantal Mouffe: Hay que ser conscientes de que este debate tiene lugar dentro de un marco específicamente occidental y de que éste excluye muchos tipos de prácticas artísticas. Es por esto que yo creo que debemos ir más lejos y argumentar a favor de un pluralismo más radical. El pluralismo en una sociedad multicultural debería también reflejarse en el modo en que el arte se concibe. En otras palabras, el pluralismo en el arte debería dar cabida a prácticas artísticas que han sido marginadas por el modelo hegemónico dominante con su intento de dar una única respuesta legítima a la cuestión de qué es el Arte. Muchos artistas implicados en luchas multiculturales en EE.UU. han insistido en la necesidad de romper con el punto de vista eurocéntrico sobre el arte que no reconoce las diversas formas que no siguen el canon aceptado. No deberíamos olvidar que la concepción del arte que hoy se da por garantizada sólo emergió en Europa durante el siglo XVIII en un contexto social y cultural muy específico. No hay razón por la cual debamos verla como la única universal y legítima. Los artistas y las artistas multiculturales acertadamente se resisten a tal imposición. Afirman que eliminar el racismo en las artes no sólo significa dar la bienvenida a los artistas de color en los museos tradicionales. También requiere que se reconozca y valore a aquellas y aquellos artistas que han decidido seguir parones artísticos diferentes. Esto indica la necesidad de romper con la hegemonía eurocéntrica dominante.

De lo que se trata es de establecer una nueva hegemonía, una hegemonía democrática radical. Se han de crear formas de unidad pero debería ser una unidad que diese cabida a la diversidad. En lo que concierne a las prácticas artísticas, un proyecto radical democrático significa pluralizar el modo en que el arte se concibe y legitimar una multiplicidad de formas artísticas. Una democracia radical y pluralista debería reconocer la heterogeneidad de las prácticas artísticas y celebrar esa diversidad en lugar de pretender reemplazar un canon unificado por otro. Hay espacio en las luchas artísticas multiculturales para perspectivas muy diferentes dentro del marco de un verdadero «pluralismo agonístico». Tal pluralismo concede valor a la diversidad y al disenso, reconociendo en ellos la verdadera condición de posibilidad de una vida democrática vigorosa.

París/Londres, Junio/Julio de 1997.

Notas

Este texto es una versión corregida y ampliada de «Pluralisme artistique et démocratie radicale / Artistic pluralism and Radical Democracy», entrevista con Chantal Mouffe publicada en inglés y francés en *Omnibus/documenta X*, hors série, Jean-Christophe Royoux (ed.), París, Octubre 1997, pp. 21-23. Agradezco la colaboración de Brian Holmes, Giulia Colaizzi y Carmen Navarrete, a Jean-Christophe Royoux el haberme empujado amistosamente a acometer la tarea, y principalmente a Chantal Mouffe su cortesía y dedicación a pesar de los numerosos inconvenientes [ME]. *Omnibus*: 51, rue Planchat, 75020 Paris, Francia, tf: (33 1) 40 24 29 78, fx: (33 1) 40 24 29 77.

¹ Ernesto Laclau y Chantal Mouffe: Prefacio a la Edición Española de *Hegemonía y Estrategia Socialista. Hacia una Radicalización de la Democracia*, México y Madrid, Siglo XXI, 1989, p. ix; se trata de la versión castellana de *Hegemony and Socialist Strategy. Towards a Radical Democratic Politics*, London, Verso, 1985.

² Cf. Mouffe: «Democracia Radical: ¿Moderna o Postmoderna?», en *Leviatán*, n° 55, Primavera 1994, pp. 81-94. Se trata de la versión castellana de «Radical Democracy: Modern or Postmodern?», en Andrew Ross (ed.): *Universal Abandon? The Politics of Postmodernism*, Edinburg, Edinburg University Press, 1989, pp. 31-45; reimpresso en *The Return of the Political*, London, Verso, 1993, pp. 9-22; de este volumen existe asimismo una versión francesa con algunos cambios: *Le Politique et ses Enjeux. Pour une Démocratie Plurielle*, Paris, La Découvert, 1994. A partir de ahora se citará por la versión castellana mencionada, que no obstante he modificado ligeramente en algunas ocasiones, principalmente en lo que se refiere a su utilización del genérico masculino. El resto de las traducciones castellanas de textos originales en inglés son mías [ME].

³ Mouffe: «Democratic Politics Today», en Mouffe (ed.): *Dimensions of Radical Democracy. Pluralism, Citizenship, Community*, London, Verso, 1992, p. 13.

⁴ El enfoque sobre las «diferencias», el «pluralismo» y la «igualdad» ha sido uno de los principales temas de controversia alrededor de esta propuesta de políticas de radicalización de la democracia, notoriamente acerca del criterio que habría de ser aplicado a la hora de discriminar entre diferencias «aceptables» y «no aceptables» al nivel de lo político. Véase a este respecto el intercambio entre Judith Butler y Ernesto Laclau: «Los Usos de la Igualdad/The Uses of Equality», coordinado por Reinaldo Laddaga, en *TRANS*, vol. 1 n° 1, Noviembre 1995, pp. 39-55.

⁵ Cf. Mouffe: «Democratic Citizenship and the Political Community», en *Dimensions*, p. 229; eimpreso en *the Return of the Political*, p. 64.

⁶ Cf. Louise Marcil-Lacoste: «The Paradoxes of Pluralism», en *Dimensions*, pp. 128-142; véase *infra*, nota 14.

⁷ Esta proposición parte, obviamente, de Carl Schmitt. En relación a Mouffe y su

declarado «objetivo de pensar con y contra Schmitt, y utilizar sus percepciones con el fin de fortalecer la democracia liberal en contra de sus críticas», véase «Pluralism and Modern Democracy: Around Carl Schmitt», en *New Formations*, nº 14, Verano 1991; reimpresso en *The Return of the Political*, pp. 117-134.

⁸ «Democracia Radical...», pp. 91-92.

⁹ Cf. «Democratic Politics Today», pp. 10-11.

¹⁰ Cf. Mouffe: «Introduction: For an Agonistic Pluralism», *The Return of the Political*, pp. 1-8. Aunque sea un aspecto ajeno a este hilo argumental, es interesante comprobar, llegados a este punto, en qué medida este modelo de pluralismo agonístico conecta con la interesante relectura que Paul Hirst ha realizado de la tradición del socialismo asociativo con el fin de profundizar y extender los valores democráticos mediante una propuesta concreta de articulación del socialismo y del liberalismo político en la coyuntura histórica presente; Mouffe: «Towards a Liberal Socialism», en *The Return of the Political*, especialmente pp. 98-100.

¹¹ «Democracia Radical», pp. 84-85.

¹² The Editors: «Summary», *Politics/Poetics. documenta X - the book*, p. 24.

¹³ Etienne Balibar: «Globalization/Civilization (part 2)», *ibid.*, pp. 788-789.

¹⁴ «Tal extremo de pluralismo, de acuerdo con el cual todos los intereses, todas las opiniones, todas las diferencias se ven como legítimas, nunca podría proveer el marco para un régimen político. Para que el reconocimiento de la pluralidad no conduzca a una absoluta *indiferenciación e indiferencia*, deben existir criterios para decidir qué es admisible y qué no lo es. Además, como indica Marcil-Lacoste, para que el pluralismo sea compatible con la lucha contra la desigualdad, se debe saber discriminar entre diferencias que existen pero no deberían existir, y diferencias que no existen pero deberían existir.» «Democratic Politics Today», p. 13.

¹⁵ «Democracia Radical», pp. 85-86.

[<-- retorno](#)